



crítica de exposición

■ Bill Viola: Obras Figurativas. Museo Picasso Málaga. 28 de junio-12 de septiembre, 2010

Miguel Ángel Fuentes Torres
Investigador vinculado a la UMA

Luz radiante, y luego oscuridad.
Paul Auster

La vida se prolonga más allá de la especulación sobre sí misma, situando en la lindes del sueño espacios de transición que, en ocasiones, acaban por delimitar nuestras propias experiencias. Luego de la radiante sensación de conocer la luz deviene la mirada hacia la oscuridad, alertándonos de la posibilidad real de cambio, de transformación de lo reconocible en abstracta resonancia de lo que está por acontecer, por venir, por mediar en la construcción de una nueva realidad. Efectivamente, existe cierta permuta que nos obliga a dejar algo para localizar aquello que se anhela mientras lo cercano e identificable se antoja ahora lejano recuerdo de lo que fue en otro tiempo, en otro lugar. De algún modo, estamos sometidos al intercambio de momentos, situaciones que acaban por definir esa transición que se eleva con seguridad ante nuestra mirada: no se trata únicamente de ser testigo del cambio sino que participar en el mismo instante de su consecución insta al reconocimiento de éste.

La nueva línea que abre el Museo Picasso Málaga, inaugura una serie de exposiciones bajo un proyecto que acomete la relación existente, bajo diferentes modos y formas, obras del artista malagueño con la producción de creadores de la segunda mitad del siglo XX. Esta, a la postre, generación abierta de muestras temporales plantean una mirada “externa” sobre el pintor en el sentido de acercar hasta el espectador una singularidad subyacente en numerosas propuestas que generalmente quedan alejadas de las pretensiones esgrimidas en programaciones precedentes, que centraban su particularidad, con criterio intuitivo y trascendental, en las correspondencias latentes en periodos, estilos y artistas adyacentes. De este modo, se estaría construyendo una mirada más cercana a la plenitud conceptual de una obra caracterizada por una compleja situación en el marco de la creación del siglo pasado, atendiendo, a su evolución en autores que se acercan al presente del espectador. En este contexto, el trabajo desarrollado evidencia una proximidad hacia territorios expansivos, centrándose ahora en el establecimiento de nodos que se proyecten fuera de las fronteras que marca el discurso de la propia colección.

Así, *Bill Viola: obras figurativas*, deja en la orilla del espectador una colección de imágenes que ahondan en la visión del ser humano, de sus procesos, de sus preocupaciones, en el marco de una creación encaminada al estudio sincrético de las



1. *Incarnation [Encarnación]*, 2008
Vídeo en color de alta definición en pantalla de plasma
155,5 x 92,5 x 12,7 cm
Actores: Oguri, Roxanne Steinburg
Foto: Kira Perov
Cortesía de Bill Viola Studio

pautas que caracterizan la evolución del individuo desde la perspectiva que traza la creación contemporánea. En esta sintonía, Bill Viola (Nueva York, 1951) modela el soporte digital con la certidumbre de quien disecciona la realidad para traémosla mutada en su capacidad redentiva. Precisamente, arrancando en la consecución de todo un *océano* de sentimientos, vidas y experiencias, surge la obra de un creador que siempre ha ostentado un incipiente claror de actuación, asentando sus compromisos artísticos en tránsito por una autopista cuyo cenit está localizado en ese *crossroad* entre lo físico y lo metafísico. Sin gratuidad alguna, el vídeo se postula como eje matriz sobre el que se construye una segunda piel en torno al espacio expositivo, a la postre, germen de una colección y embrión en la gestación de otras miradas también reveladoras.

The Arrangement (2007), *Encarnación* (2008) y *Tres mujeres* (2008) constituyen un tríptico argumental, procesual e iniciático por cuanto reporta al espectador la impresión de estar continuamente en transición. Esto es algo en lo que Bill Viola se mueve con soltura desde hace décadas. Su aportación al

ámbito del vídeo como soporte creativo queda refrendado en la trascendencia de lo digital, de la conversión de la imagen en parte indispensable de una realidad; no en vano, ha sido calificado como *una suerte de sensible sismógrafo de lo que está ocurriendo hoy*. Es por ello que sus proyectos son siempre motivo de interés por parte de la crítica, dejando, no obstante, entrever otros aspectos también confluyentes en una especie de espacio digital donde la narración se postula como análoga referencia de quien participa en ella. Desde esta perspectiva, el vídeo ha recorrido un largo trayecto desde que comenzara su singladura como espacio productivo en los años sesenta del siglo pasado. En palabras de Félix Duque, este moderno complejo electrónico estaba llamado al cumplimiento de *la promesa de Novalis y de Joseph Beuys (según la cual todo hombre debe pugnar por llegar a ser lo que en sí ya es: artista)*, siguiendo una doble vía, absolutamente antitética:



crítica de exposición

de un lado se abría un proceso de banalización y aun puerilización universal de disolución del arte, a la vez que, en el otro extremo, la cámara de vídeo se revelaba como un agente provocador de primer orden: contra la inercia e inepticia políticas, y contra la acomodación del arte al aburguesamiento general.

Establecer ese difícil equilibrio entre lo representado y ese otro lugar de acción que supone la misma realidad en la que se inserta, sugiere una capacidad de aprehensión que evoluciona por encima de las consideraciones sobre el medio tras más de medio siglo de permanencia. Realmente, estamos ante la constatación de un cambio fundamental en la forma de percibir, concebir y mostrar lo cotidiano que queda ahora encarnado no ya en un lienzo sino en una pantalla, finalmente, evolución lógica de una tela sin límites plausibles. Bill Viola recoge la tradición pictórica para plantear una representación que huye de los convencionalismos presentes en este hábitat para construir una dinámica postrera que redunde en sus posibilidades como muestrario de las experiencias humanas. De hecho, esta trilogía tiene su origen en la serie *Transfiguraciones*, propuesta realizada

para la Bienal de Venecia de 2007 que el autor califica de *una transformación que surge del interior a partir de una revelación o de una abrumadora sensación de claridad*. Es ese descubrimiento de lo íntimo, de aquello que nace de la condición humana pero finalmente se presenta como sustento de las relaciones que marcan toda esperanza de vida. Las tres piezas parten de un mismo espacio de apreciaciones caracterizado por la utilización de una serie de parámetros, argumentados desde la presencia de elementos primigenios (luz y agua) que acaban por mediar entre lo representado y la mirada del espectador, diluyendo la consideración benjamiana de que *la construcción de la vida se encuentra actualmente mucho más en poder de los hechos que de las convicciones*.

Las escenas se construyen en un plano-secuencia que se articula en un bucle que circula hacia fuera para luego retornar. Dentro del mismo, en un primer instante, se



2. *Three Women [Tres mujeres]*, 2008
Vídeo en color de alta definición en pantalla de plasma
155,5 x 92,5 x 12,7 cm
Actores: Anika, Cornelia, Helena Ballent
Foto: Kira Perov
Cortesía de Bill Viola Studio



crítica de exposición



3. *The Arrangement, 2007*
Díptico de vídeo en color de alta definición
sobre pantallas de plasma montadas en pared
121,9 x 144,8 x 12,7 cm
Actores: Page Leong, Larry Omaha
Foto: Kira Perov
Cortesía de Bill Viola Studio

constata la oscuridad de la imagen, un blanco y negro que oculta, subraya la ausencia, el abstracto devenir de las figuras que aparecen desde una inmensidad lejana y extraña. Luego la luz que inunda, propiciando esa purificación, el conocimiento de lo que está por venir, conversión del individuo que queda limpio, aconteciendo como un flujo del alma. Mientras, el tránsito del agua, como segundo agente simbólico, que funciona a modo de ablución que origina y permite el cambio, la mutabilidad del ser que finalmente desprovisto de su piel original que ahora se torna nueva vida al amparo de quien observa la escena. Un tercer elemento diferenciador son los movimientos, libre coreografía (el propio Bill Viola así lo atestigua, expresando que en todo momento fueron los actores quienes, en función de la escena, decidieron incorporar sus aportaciones) que dibuja las líneas invisibles de la acción y postula sus márgenes dentro de la pantalla-lienzo,



crítica de exposición

recorren una secuencia donde queda evidente el establecimiento de una complicidad con lo externo, con lo que existe fuera de la retórica bidimensional del monitor. Por su parte, en un último atisbo de complementación de la obra, la estancia donde se sitúan las tres obras funciona a modo de capilla que envuelve, que acoge, creando un espacio de interacción cuya dirección visual se torna recíproca, manifestando, en este sentido, y como apunta Eduardo Subirats, que *el arte se impone como la creación técnica de una segunda realidad o una segunda naturaleza, como principio generador de un entorno tendencialmente global, capaz de penetrar en la existencia del espectador, o de sumergirlo o englobarlo y globalizarlo en su medio.*

La figura humana persiste en cada plano, es objeto de análisis pero desde la propia dinámica que marcan sus movimientos, sus gestos, sus acontecimientos en un plano fijo que parece no variar pero que también es parte del proceso de transformación que inunda el conjunto. Viola domina la técnica de forma evidente y construye con ella las posibilidades que terminan por hacerse realidades, en definitiva, estados que nos son comunes, reconocibles: ya sea en los ojos de la mujer (*Encarnación*), en los gestos del hombre (*The Arrangement*) o en la complicidad patente en las representaciones de las tres edades (*Tres mujeres*). *La vida* (1903) obra de Picasso que abre el periodo azul tras la muerte de su íntimo amigo Carlos Casagemas late aquí como elemento sustentador y sustentante del discurso propuesto, donde la representación del ser humano, también es condición del acto creativo. En la composición original existe una determinación concluyente por la vida, simbolizada en sus diferentes etapas, insistente siempre en la contemplación de los estadios de la misma como si de un álbum que se recorre con la mirada y con el alma se tratase. En cierta medida, los tres vídeos de Bill Viola ahondan en estas aptitudes, dejando que sean las personas quienes nos muestren el camino que recorre la vida, desde la oscuridad del útero hasta la luz del “segundo origen” para luego ir desgranando con la mirada y los gestos el resto de avatares que caracterizan nuestra forma de percibir, aprender y regocijarnos ante el arrebatador embiste que supone la cotidiana reminiscencia de nuestro devenir.

Igualmente, la muestra se eleva sobre diferentes puntales visuales que otorgan al conjunto una letanía de pareceres que se dirigen hacia la consecución de un proyecto global que arranca aquí y ahora, con la necesidad de implicación y la innegable capacidad de reunión que pueda derivarse de las distintas estrategias que ahora se ponen en juego. En esta nueva constelación de afinidades es interesante comprobar cómo la sinergia esgrimida llega hasta el espectador mediante caminos concluyentes: la presencia de audiovisuales que reportan conocimientos sobre aquello que se explora por primera vez supone una intensa vía de experimentación que debe ser acentuada. En todo caso, el alma, la vida, los sentimientos y la necesidad de su reconocimiento en nosotros mismos es la mejor baza para conocer todo lo que está ahí fuera, haciendo de este “juego” la aseveración de esa primera vez, de esa originaria impostura que siempre vuelve con más fuerza para recordarnos quienes somos.